



**Celebración del 40 aniversario de la muerte del Padre José  
Kentenich  
15 de septiembre de 2008  
Monte Schoenstatt - Iglesia de la Adoración  
Homilía del P. Heinrich Walter  
Presidente de la Presidencia internacional**

---

Querida Familia de Schoenstatt:

Celebramos hoy a Ntra. Sra. de los Dolores junto a la tumba del P. Kentenich. Al cabo de cuarenta años echamos una mirada retrospectiva sobre el misterio de la vida de este sacerdote y nos dejamos impresionar por ese misterio. San Pablo les dice a los cristianos de Corinto: "Ustedes son nuestra carta, escrita en nuestro corazón, y todos los hombres pueden leerla y comprenderla" (2 Co 3, 2). Somos la carta que él escribiera con su mano y su corazón. Y así se convirtió en Padre. Es una carta para los hombres de nuestro tiempo. Contemplamos al P. Kentenich y nos reconocemos a nosotros mismos, porque en el gran misterio de la Iglesia nosotros somos su Familia espiritual.

Encendido de amor

Su vida comenzó en una situación de exclusión, su camino espiritual fue tachado de peligroso. El P. Kentenich sólo estaba seguro de la protección y cariño de la Sma. Virgen, y Ella tocó existencialmente su vida. No violenta y arrolladoramente como el Señor llamó a san Pablo, sino de una manera paulatina y cada vez más duradera. Desde aquella vivencia que tuviera lugar en su infancia, cuando apenas contaba nueve años, hasta el paso audaz que dió en alas de la fe, el 18 de octubre de 1914. Lo que aconteciera en los jóvenes estudiantes que estaban en el frente de batalla tuvo que haberlo convencido por completo. De lo contrario no habría hablado más tarde sobre una iniciativa divina, ni mucho menos se habría animado a pronunciar aquella frase de "A la sombra...". El P. Kentenich estaba encendido de amor. La Sma. Virgen lo introdujo en esa intimidad con Cristo.

Y así nada era imposible; en cada puerta que se entreabría descubría la invitación de Dios para dar el próximo paso. Arriesgó en una medida infinita; por ejemplo, envió a las misiones de ultramar a Hermanas jóvenes luego del noviciado. ¿Qué superior o superiora haría hoy algo así? Pidamos la gracia de que nuestras generaciones tengan hoy esa audacia ante la vida. Audacia que sólo se genera a partir de una profunda vivencia de la conducción personal de Dios.

Encendido de amor vivió su relación con su Familia y con cada persona. Esa honda vinculación espiritual era algo nuevo y, para algunos, inaudito e incluso peligroso. Ese estar el uno en el otro, con el otro y para el otro, que apreciamos de manera clásica en las cartas de san Pablo, se convierte en una perpetua comunión de amor entre el Padre y la Familia, y entre los miembros de

la Familia entre sí. En su homilía del 31 de mayo de 1949, en Santiago de Chile y en uno de los momentos más críticos de su vida, reflexiona lo siguiente: “Seamos fieles los unos para con los otros: los unos en los otros, con los otros, por lo otros, en el corazón de Dios... ¡Qué equivocado es pensar que sólo somos indicadores de caminos! Estamos juntos para encendernos mutuamente. Nos pertenecemos mutuamente ahora y por toda la eternidad. Porque también en la eternidad estaremos los unos en los otros. Una comunión de amor de persona a persona, una eterna comunión de amor”. No sólo somos administradores de esta herencia, una herencia que nos llena de admiración, sino que constituimos una nueva generación de testigos que sienten cuánto interpela este misterio al sentimiento vital de hoy.

#### Purificado en el dolor

El amor auténtico cala más hondo que las heridas provocadas por el dolor. Así lo apreciamos al contemplar a la Sma. Virgen con su corazón traspasado por siete espadas. El dolor y el sufrimiento son crisol del amor. Porque en ellos se comprueba la autenticidad del amor. Sabemos bien con qué rapidez el sufrimiento nos puede hacer perder el camino y aventar nuestros buenos propósitos. El P. Kentenich pudo aceptar los dolores de su vida porque tuvo presente el ejemplo de la Sma. Virgen. El dolor de haberse criado sin familia, particularmente sin el padre. El dolor físico y psíquico en el calabozo sin luz y en la vida en el campo de concentración de Dachau. Finalmente el dolor de no ser entendido, de no ser reconocido, de ser traicionado e incluso condenado a un eventual fracaso en el exilio. Observamos un parentesco con las cartas de san Pablo y nos alegramos de ello. Y nos asombramos de cuánto dolor puede integrar una persona que realmente ama. Esa purificación en una larga historia de vida fue la faz interna de su autenticidad, de la paz que irradiaba en situaciones desesperadas.

También algunos de nosotros, mediante el Capital de Gracias, expresado con el símbolo de la vasija, han crecido superándose a sí mismos. Y esto interpela a nuestro tiempo y su espejismo de negar los sufrimientos, de apuntar a una sociedad lanzada a la búsqueda de placer y diversión. Nos desafía a enfrentar toda realidad. Que hoy se nos infunda suficiente amor para que el dolor físico y psíquico, incluso el fracaso, tanto en el plano privado como en el de toda la Familia, sea enfrentado, asumido y quemado en ese gran amor. De esa superación, hecha con libertad interior, surge la nobleza del hombre nuevo y una irradiación contagiosa de autenticidad humana.

#### Bendecido con fecundidad

Importante criterio para la detección de la voluntad de Dios era para él la resultante creadora, la ley de la semilla que da fruto abundante. Solía decir: “Obren... y por los frutos conocerán si la obra era de Dios...”. En muchos países la semilla cayó en tierra fértil. Entretanto en Sudamérica hay un fruto maduro apreciado por la sociedad. En memoria del P. Kentenich, hoy en Chile se celebrará una misa solemne en diecisiete catedrales. En algunos países de África y Asia están creciendo árboles que prometen frutos para las jóvenes Iglesias locales. Observamos el gran proyecto

pastoral de la Virgen Peregrina en todos los continentes, y también proyectos pedagógicos y sociales. Observamos el crecimiento de la rama de las Familias. Obispos de diferentes países dicen a menudo que no se habla mucho de Schoenstatt, pero que cuando se lo hace, se dicen cosas positivas. Que son gente buena y comprometida. Pero se espera mucho más de Schoenstatt, tal como lo dijera ayer Mons. Zollitsch. Eso mismo escuchamos también de parte del Santo Padre.

¿Cómo está la cosecha de su fundación? ¿Cuánta vida se ha generado? En ocasión de sus exequias, hace cuarenta años, se recordaba aquella gran frase de san Pablo: "Ustedes son mi carta". ¿Quién lee hoy esa carta con interés? ¿Qué se puede entender de esta carta que nosotros representamos? ¿Dónde se la comprende a primera vista?

El P. Kantenich contempla con orgullo a su Familia. Para él la fidelidad era un valor muy importante. Me imagino que está de pie en medio de un grupo íntimo, se acaricia la barba y mira hacia lo lejos con gesto interrogativo: Nuestra conciencia de misión tiene que llevarnos a intervenir en el engranaje de la época. Aspiramos a formar un nuevo tipo de hombre, y a asumir la misión de Occidente. Trabajemos mancomunadamente con todas las fuerzas de la Iglesia, reunámoslas si es necesario. Y la Sma. Virgen es la respuesta pastoral a las preguntas y desafíos de la época. El P. Kantenich nos mirará hondamente a los ojos, porque él cree con renovada convicción en esas metas, y nos cree capaces de mucho. Será una mirada desafiante. Sobre todo contemplará a los jóvenes que parten hacia el extranjero, hacia las misiones, en cuyos ojos arde el fuego del idealismo, fuego que le es tan conocido.

Querida Familia de Schoenstatt:

Aquí, en la tumba del Fundador, siento que somos deudores de él y de su fundación. Y que al cabo de cuarenta años ya es hora de procurar determinar con radicalidad, sinceridad y humildad en qué punto nos encontramos. ¿Cómo estamos respecto de las grandes misiones para las que fue llamada esa gran iniciativa divina que es Schoenstatt y que hay que cumplir en estos tiempos? ¿Qué nos anima? ¿Qué obstáculos dificultan nuestro camino? ¿Qué fomenta y qué perturba la confianza en la Familia? Hemos gastado muchas fuerzas en aclarar situaciones internas entre las comunidades, y en delimitar una cabal concepción de la figura del Fundador. Esto a la larga puede ocasionar una paralización de las fuerzas. Luego de cuarenta años es más necesario que nunca que seamos su carta en esta época, porque nuestro Padre no tiene otra.

*P. Heinrich Walter*